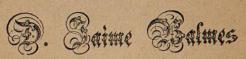
RELIGION DEMOSTRADA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

POR EL DOCTOR



PRESBÍTERO.

13ª edición de E. Murguía.

MEXICO.

ANTIGUA IMPRENTA DEL EDITOR.

PORTAL DEL AGUILA DE ORO NÚMERO 2.

1888.

CAP. XVIII.—Argumento irrecusable à favor de la divinidad de la religion cristiana. — XIX.—Se deshace el argumento fundado	26
en la estension y duracion del maho- metismo	28
la idolatría	29 31
de la Iglesia romana	32
des que estos suelen proponer	3 8
XXV.—Reglas de prudencia que debe observar el católico al tratar de los misterios	37
XXVI.—Método para disputar con los incrédulos sobre los misterios XXVII.—Se manifiesta la existencia v	38
la necesidad del Sumo Pontificado — XXVIII.—Sobre la potestad de la Iglesia para imponer mandamientos á los	40
XXIX.—Autoridad de la Iglesia en la prohibicion de los malos libros	43
- XXX.—Demuéstrase la necedad de aque- llos que hacen del incrédulo por pare- cer sabios	45
	46
na dificultad contra la religion	47 50
Necesidad y ventajas del culto	58 59 61

La propiedad literaria de este libro queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir NI TODO NI PARTE de él sin el permiso correspondiente.

CAPÍTULO I.

EXISTENCIA DE DIOS.

La razon natural basta para conocer que hay un Dios criador de cielo y tierra; porque si viésemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magnifica riqueza y adornado con esquisito primor, no diriamos que es un insensato el que afirmase que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie los ha fabricado ni ordenado? Pues bien, el mundo es este soberbio palacio; el sol ilumina de dia, la luna por la noche; el cielo está poblado de estrellas, la tierra de hombres, de animales, de plantas; el mar y los rios de peces, el aire de aves, las estaciones se suceden unas á otras con órden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas; y en un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de existir un Señor que lo hava criado y ordenado?

CAPÍTULO II.

ATRIBUTOS DE DIOS.

El Señor que ha criado todas las cosas, ha de ser Todopoderoso, pues que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que antes no existia: y para esto es bien claro que se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres á costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo antes la materia: porque el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga á la mano la madera necesaria; pero no existiendo nada, decir hágase y quedar hecho, supone un poder sin límites. Esto

hizo Dios, y no con objetos de poca monta, sino con el mundo entero.

Dios ha de ser infinitamente sabio, pues que su sabiduría resplandece en sus obras, en el cielo y en la tierra; eterno, porque no habiendo sido criado, no puede tener principio ni fin; infinito en perfeccion, porque existiendo por sí mismo nada le ha podido limitar, y tiene en sí propio la plenitud del ser, y de consiguiente inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos y castigador de los malos; en una palabra, un "Espíritu infinitamente perfecto, criador, conservador y ordenador de todas las cosas."

De aquí se sigue que Dios está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará, con tanta claridad como vemos nosotros las cosas que tenemos delante de nuestros ojos, en medio del dia; y no puede ser de otra manera, pues que nada acontece ni bueno ni malo, sin que él lo quiera ó lo permita. Cuando hacemos una cosa, por más en secreto que la hagamos, cuando tenemos un pensamiento ó un deseo sin que exteriormente lo manifestemos, todo lo está viendo, todo lo está mirando, como un hombre que nos contemplase con mucha atencion y muy de cerca. ¡Qué recuerdo tan á propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

CAPÍTULO III.

CREACION DEL HOMBRE.

El hombre ha sido criado por Dios; así nos lo enseña la religion, de acuerdo con la razon natural. Para convencerse plenamente de esta verdad, basta recordar que venimos al mundo naciendo de una mujer, que esta mujer tuvo tambien sus padres, y éstos otros; y como es claro que al fin hemos de parar á unos padres que no tuvieron otros padres, estos debieron ser criados por Dios. Esto no admite réplica; de lo contrario seria menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra como una planta. Imposible parece

que haya podido caber en cabeza humana tamaño delirio.

CAPÍTULO IV.

Existencia y espiritualidad del alma.

Todos sabemos por experiencia propia, que hay dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente; esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual, entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra sangre, ni nuestros nervios, ni nuestras fibras, ni nuestro cerebro, ni nada que sea largo, ni ancho, ni hondo; que no puede dividirse en partes porque no las tiene; en una palabra, que no es nada de semejante á todo cuanto vemos y tocamos, ó percibimos con otros sentidos, sino que es de un órden muy distinto, muy superior á todo cuanto nos rodea; es decir, que "es una sustancia simple, con facultad de entender y de querer."

Que nuestra alma es espiritual y no corporal, se deja conocer fácilmente, considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos, si se les mueve, se mueven, si se les deja quietos, quietos permanecen; es decir, que por sí no tienen accion ni movimiento: en nuestra alma se observa todo lo contrario; porque no solo hace mover el cuerpo cuando quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra, y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos á la luz el empeñarse en decir que no sea muy diferente su naturaleza de la naturaleza de los cuerpos.

CAPÍTULO V.

Aclaracion y confirmacion de la misma verdad.

Increible parece que haya hombres que digan que el alma no es espiritual; porque si no lo es, entonces será ó nuestra sangre ó algun humor, ó algun fluido

finísimo, ó algun conjunto de fibras, ó algo por este tenor, cosa que á primera vista se presenta ya tan extraña y repugnante, que bien se alcanza su absurda falsedad. ¿Cómo es posible que el alma capaz de idear y ejecutar obras tan grandes y tan hermosas, no sea mas que un pedacito de carne, una madeja de nervios. un ovillo de fibras, ó alguna porcion de sangre, ó de humores, ó de fluidos por delicados que se imaginen? Cuando admiramos los inmortales poemas de Homero. de Virgilio y de Taso, las elocuentes páginas de Demóstenes, de Ciceron y de Bossuet, los maravillosos cuadros de Miguel Angelo y de Rafael, ¿cabe ni pensar siquiera que en aquellas cabezas no habia mas que carne, nervios, fibras, sangre, humores, fluidos de distintas clases, pero ningun espíritu? ¿Cómo puede concebir semejante despropósito un hombre sano de juicio?

CAPÍTULO VI.

Inmortalidad del alma; premios y recompensas de la otra vida.

El alma no muere con el cuerpo. Todos los pueblos de la tierra han creido siempre que despues de esta vida hay otra donde se premian las buenas obras y se castigan las malas, y fuera bien extraño que el linage humano en masa se hubiese engañado. Si esto no fuera verdad ¿quién se lo hubiera dado á entender á todos los hombres? Esto prueba que Dios le enseñó así á los primeros padres, y que por tradicion se ha ido trasmitiendo á todos los tiempos y paises: de otra manera no es posible concebir cómo hombres de tan diferentes épocas, distintos climas, diversas ideas y costumbres, hayan podido todos convenir en la misma creencia. Es verdad que se la ha explicado de varios modos segun la variedad de las religiones; pero en cuanto al hecho principal, es decir, la existencia de la otra vida y la inmortalidad del alma, todos están acordes. Prueba incontestable de que el alma no muere con el cuerpo, pues que cuando muchos testigos, que

en nada concuerdan entre sí, están, sin embargo, acordes en un punto, es señal de que en aquel punto se halla la verdad.

Esta creencia universal del linage humano está ademas confirmada con otra razon tan robusta como sencilla. Vemos á cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran una existencia cargada de miserias é infortunios: siendo Dios justo, ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida el premio para la virtud y el castigo para la maldad? ¿Podemos creer que muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta á nadie de sus acciones buenas ó malas? ¡Ah! no hagamos ese insulto á la justicia divina, no degrademos de tal manera nuestra naturaleza, colocándonos al nivel de las bestias.

CAPÍTULO VII.

Conformidad de la razon con la religion, en lo tocante al alma y á la creacion del hombre.

Ya hemos visto que nuestra alma es espiritual, y de esto se infiere con toda evidencia, que aunque el cuerpo se forme en las entrañas de la madre, no puede suceder lo mismo con respecto al alma. Siendo esta incorpórea, no se compone de carne y sangre, y por consiguiente ha debido ser criada por Dios, quien la une al cuerpo mientras éste se va formando y perfeccionando en el seno de nuestra madre. Bien entendido esto, se manifiesta con toda claridad cuán conforme es á la razon lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de nuestros primeros padres.

En efecto: ya vimos que aunque unos hombres descienden de otros, y estos de otros y así sucesivamente, al fin hemos de llegar á un hombre y á una mujer que no han nacido de otros, sino que han debido ser criados por Dios. Este hecho, que la razon nos enseña como necesario, nos lo refiere y explica con mucha sencillez y claridad la Sagrada Escritura, diciéndonos:

que Dios despues de haber criado el cielo y la tierra. formó del polvo de ésta el cuerpo de Adan, criando en seguida el alma espiritual para unirla al cuerpo. Es muy hermosa la expresion de que se vale la Sagrada Escritura para explicarnos esta union inefable. Formado el cuerpo del hombre, no teniendo todavía alma que lo vivificase, yacería tendido en el suelo sin movimiento alguno, no feo y deforme como son ahora los cuerpos de los muertos, sino como una hermosísima figura de cera. Crió Dios el alma, la unió al cuerpo. v en el mismo instante se abrieron los ojos de aquella estátua, se animó y avivó toda su fisonomía. Esta trasformacion tan maravillosa como bella, la expresa el sagrado texto diciéndonos: que Dios inspiró en el semblante de Adan un soplo de vida; no porque soplase en realidad, lo que es imposible siendo Dios un ser espiritual, sino para darnos á entender que debemos mirar el alma del hombre como una cosa distinta y muy diferente del cuerpo: no formada de materia alguna, sino emanada inmediatamente de la Divinidad por medio de la creacion.

CAPÍTULO VIII.

Continuacion de la misma materia.

Explicada de esta suerte la creacion del primer hombre, échase de ver que tampoco hay dificultad en lo que nos refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de la mujer, cuyo cuerpo fué formado de una costilla de Adan, significándose así que habia de ser su compañera, recibiendo luego el alma del propio modo que habia sucedido con el varon. Concíbese tambien muy claramente, cómo unidos por Dios en matrimonio, y fecundizada esta union con las bendiciones del Criador del universo, pudo formarse el linage humano, y extenderse por la faz de la tierra. En vano han buscado algunos filósofos orgullosos un medio para sustraerse en este punto á la autoridad de los libros sagrados: el velo que cubre la cuna de la humanidad solo lo le-

vanta la religion, y fuera de su augusta enseñanza solo se encuentran sueños y delirios. No forcejemos en vano contra la fuerza de la voluntad, no cerremos obstinadamente los ojos á su purísima luz; antes bien demos gracias al Dios de bondad, que por medio de la revelacion se ha dignado ponernos á cubierto de las cavilaciones y extravíos de nuestro flaco entendimiento, cerciorándonos de la alta nobleza de nuestro orígen.

CAPÍTULO IX.

Existencia de una religion verdadera.

Dios nos ha criado, nos conserva, nos dirige, él es nuestro principio, él es nuestro fin; y nuestra alma que no perece con el cuerpo, que vivirá eternamente, ha de ir á encontrarse un dia en presencia del Juez Supremo que le pedirá cuenta de todas sus acciones, y le dará conforme á sus merecimientos, ó el premio ó el castigo. En esta vida, pues, debemos ya prepararnos para la otra, debemos conocer nuestro orígen, nuestro destino y los medios que para llegar á este destino nos ha suministrado la Providencia. Estos conocimientos y estos medios nos los proporciona la religion, y esto basta para demostrar su existencia, pues si ella no existiese, estaria el hombre en el mundo como un huérfano abandonado, de quien nadie cuida, que ni sabe de donde ha salido, ni en qué ha de parar.

El hombre ha de amar á Dios porque es infinitamente bueno, y ademas porque le ha colmado de tantos beneficios; ha de tributarle por ellos acciones de gracias, y ha de adorarle como á Señor de cielo y tierra; pero en todos los actos, tanto interiores como exteriores en que rinda su culto á Dios, ha de hacerlo de una manera agradable á su Divina Magestad, y cual conviene á una criatura que ofrece su homenaje al Criador. Luego ha de haber ciertas reglas de este culto, luego no pueden haber sido encomendadas al liviano capricho de los hombres, luego ha de haber una religion, la misma para todos los hombres, y en que vivan

seguros de que observando lo que ella prescribe, cumplen con la voluntad de Dios, y caminan por el sendero que conduce á la eterna felicidad.

Decir que todas las religiones sean igualmente buenas, que tanto importe ser cristiano como sectario de Mahoma, judío como idólatra, es lo mismo que negar la Providencia, es afirmar que Dios despues de criado el mundo, ha dejado de cuidar de su obra; es pretender que el linaje humano marcha sin objeto, sin destino, al acaso, como un rebaño sin pastor. ¿Se dirá tal vez que un Dios infinitamente grande no cuida de nuestras pequeñeces, y que mira con indiferencia nuestras adoraciones? Pero entonces, ¿para qué sacar de la nada á esas criaturas, si no habia de cuidar de ellas? Por cierto que si la inmensa distancia que media entre el hombre y Dios fuera razon suficiente para afirmar que Dios no cuida del culto que nosotros le ofrezcamos, probaria tambien que no tuvo motivo para criarnos; porque un Dios infinitamente grande, ¡qué objeto pudo proponerse en sacar de la nada á una criatura, á quien luego habia de abandonar, sin dar oido á sus plegarias, sin aceptar sus ofrendas, siéndole indiferente que siguiera esta ó aquella ley, que le tributara este ó aquel culto, dejándola sola, desamparada, en medio de las mas horrorosas tinieblas? ¿Quién puede concebir semejantes absurdos? Esto seria equivalente á negar la bondad y la sabiduría de Dios, y un Dios sin sabiduría y sin bondad, no seria Dios.

CAPITULO X.

Lamentable ceguera de los indiferentes en la religion.

No faltan algunos que sin negar, definitivamente la verdad de la religion, no le están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera ó falsa. No quieren meterse, segun dicen, en estas cuestiones; no saben lo que hay sobre esto, ni quieren darse trabajo por saberlo. Estos se llaman indiferentes en materia

de religion. Por cierto que no puede haber estado más lamentable que el de indiferente; porque si bien se mira, tiene algo de peor que el de aquellos que son irreligiosos por sistema y que atacan la religion. Porque el hombre que niega su verdad, que disputa, que se empeña en convencerla de falsa, al menos se ocupa de ella; entretanto la examina, y andando el tiempo puede venir dia en que por medio de un libro, ó de la conversacion con algun hombre sabio, se quede él desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la religion. Pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado á imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera ó falsa, este tal como ni leerá ni consultará sobre la materia, no saldrá jamas de su mal estado, y será como un hombre

que se duerme tranquilo al borde del abismo.

Para manifestar cuán contrario es á la razon y á las reglas más comunes de prudencia, un sistema semejante, bastará considerar que la religion no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre, sino que se propone nada menos que enseñarle su orígen, su destino y los medios que para llegar á este destino debe practicar. Es decir, que en la religion ha de encontrar el hombre lo que más le importa, lo que más le toca de cerea; y no puede prescindir de ella sin exponerse á gravísimos peligros. En efecto, por más que una persona sin religion suponga que no es cierto que hay otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, al menos no puede negar que el negocio es tan grave, que vale la pena de ser examinado. Porque la razon y la experiencia nos aseguran de que ha de venir un dia en que hemos de morir: entonces sin remedio hemos de experimentar por nosotros mismos si hay otra vida ó no, y en el momento en que habremos dado el último suspiro, en que los que rodearán nuestro lecho de agonía dirán ya ha muerto; en aquel mismo instante nosotros mismos hemos de experimentar lo que hay sobre la otra vida. ¿Y quién será tan loco de arrojarse á la eternidad, sin cuidar de si en ella se encuentra algun peligro, de hacerse infeliz para siempre, sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hay nada de todo lo que dice la religion, que quizás el alma muere con el cuerpo: pero, jy si hay realmente lo que dice la religion, si el impío se equivoca, si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hay un cielo para los buenos, y un infierno para los malos? ¿A dónde podrá ir un hombre que en vida no ha querido cuidar de saber si la religion era verdadera ó falsa? ¿podrá esperar ir al cielo quien no ha querido saber si habia cielo? Quien pasa su vida sin averiguar ni si hay un Dios que le haya criado ni cómo debe amarle y servirle, ni si hay una regla para encontrar la verdad en las materias de más importancia; quien vive en un olvido tan profundo de sí mismo, ¿podrá menos de ser culpable delante de Dios? podrá quejarse si le destina á un lugar de castigo eterno? Increible parece que haya hombres que vivan en tal ceguera; el corazon se acongoja al verlos marchar distraidos hácia la orilla de un precipicio horroroso.

CAPÍTULO XI.

Corrupcion del linage humano.

El hombre presenta á cada paso tan extraña mezcla de nobleza y de gradacion, de grandor y pequeñez, de bien y de mal, que no es fácil concebir cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de la mano de Dios. En efecto: mientras que con su entendimiento abarca, digámoslo así, el cielo y la tierra, mientras que adivina el curso de los astros y penetra en los más hondos arcanos de la naturaleza, le vemos tambien lleno de dudas, de ignorancia, de errores: tiene un corazon noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una accion generosa, pero que se pega tambien á los objetos más viles, y sabe abrigar la crueldad, la traicion y la perfidia; es capaz de concebir y de realizar agigantados proyectos, y de arrostrar impertérrito toda clase de peligros, y quizás tiembla pavoroso á la vista de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por solo tropezar en la dificultad más liviana; suspira siempre por la felicidad, y vive abrumado de infortunio; en una palabra, por donde quiera que miremos al hombre, encontramos una extraña

mezcolanza que asombra y confunde.

Si hacemos un momento de reflexion sobre nosotros mismos, echaremos de ver que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el amor de la felicidad y la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por un parte, y la pureza de todas las pasiones por otra, tienen en no interrumpida tortura á nuestra alma: por manera, que no parece sino que dentro de cada uno de nosotros hay dos hombres que disputan y luchan incansables, el uno bueno, el otro malo, el uno cuerdo, el otro loco. Y por lo que toca á la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apenas? ¿Cómo es posible, dirán los incrédulos, que una monstruosidad semejante haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio infinitamente bueno? Aquí, sin embargo, aquí al responder á esta dificultad, es donde la religion católica muestra toda su elevacion y grandeza; aquí es donde ostenta uno de sus más irrecusables títulos para probar que ella, y solo ella es la verdadera.

La religion no niega que existan en el hombre contradicciones palpables, que no se vean en su ser y en su conducta irregularidades mostruosas, no trata de disminuir en nada la realidad del hecho en que se funda la dificultad, porque como se siente con fuerza para soltarla del todo, no necesita ni atenuarla, ni orillarla, ni eludirla; sino que dejándola que se presente en toda su magnitud y robustez, tal como había bastado, para confundir á los mayores filósofos de la antigüedad, la arrostra de frente, y dice: "Sí, el hombre yace en el error y en la corrupcion; pero ¿quereis comprender el secreto? ahí está, en uno de los dogmas que yo enseño, en el pecado original." El hombre de ahora no es tal como Dios le crió, sino que es un hombre

degenerado. Dios le habia criado inocente y feliz: su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad. su voluntad ajustada á los dictámenes de la razon y de la ley divina, su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar, su corazon rebosaba la dicha. Tamaña felicidad hubiera pasado á su descendencia, si se hubiese conservado sumiso á los mandatos de Dios; pero el hombre pecó y por inescrutables designios del Altísimo, ha quedado todo el linaje de Adan, infecto de la culpa, y sujeto á la pena. Hé aquí aclarado el misterio de las contradicciones del hombre: esta noble criatura es imágen y semejanza del mismo Dios; pero la mancha del pecado ha desfigurado la hermosa imágen; cuando vemos al hombre inteligente, inclinado á la virtud, alzando su noble frente para mirar al cielo, vemos allí la imágen de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la corrupcion, en las angustias del infortunio, vemos el estrago hecho en la bella imágen por el borron del pecado.

Así es cómo se explica la religion las contradicciones y monstruosidades del hombre, y si bien es verdad que la misma explicacion es tambien un misterio muy superior al alcance de la inteligencia humana, tampoco puede negarse que al través de las sombras que cubren el augusto arcano, se divisa tal fondo de razon y de verdad, y que despide el misterio del pecado original tan abundante luz para poner en claro el universo entero, que nuestro entendimiento se encuentra satisfecho, y dice para sí: "Este misterio es superior á

tu razon, pero no contrario á ella."

CAPÍTULO XII.

Reparacion del linaje humano por Jesucristo.

Caído el hombre del estado de inocencia y de felicidad en que habia sido criado; infecto de la culpa, echado del paraiso, sujeto á toda especie de penalidades y miserias, y por fin á la muerte, hubiera sido horrible su situacion, si Dios por su infinita misericordia no

hubiese querido remediar tamaña catástrofe, enviando á su Hijo Unigénito para que todos los que creyeran en él no pereciesen, sino que tuvieran la vida eterna. Sin duda que Dios hubiera podido perdonar al humanó linaie su culpa y condonarle la pena merecida, sin exigir satisfaccion de ninguna clase, porque el mismo Dios era el ofendido; y ademas, ¿quién señala lindes á su omnipotencia? Podia tambien exigir una satisfaccion, alcanzarla de mil maneras diferentes que al débil hombre no le es dado conjeturar, pero que no están ocultos á la sabiduría infinita, ni están fuera del alcance de la mano todopoderosa; pero quiso que la misma caida del hombre sirviese para manifestar más y más la infinidad de su poder, el rigor de su justicia, la grandeza de su bondad, el inagotable caudal de su misericordia. Quiso recibir una satisfaccion, y no como quiera, sino una satisfaccion completa; pero el hombre miserable, finito en su ser, reducido en sus medios, caido de la gracia, sentado en las sombras de la muerte, ¿cómo podia dar satisfaccion semejante? Parece que el alma forcejea para encontrar un medio, pero es en vano; el corazon se entristece y se acongoja, la mente se abate y se nubla. ¡Profundos designios de Dios! El Unigénito del Padre, imágen del mismo Padre, Dios como su Padre, se hará hombre, sufrirá horribles tormentos, y morirá, por fin, en afrentoso patíbulo; ofrecerá sus dolores, sus tormentos y muerte en expiacion de los pecados del mundo, y para la reconciliacion del humano linaje: los que vivan antes del Salvador se salvarán con la fé en el Mediador venidero, uniéndose á Dios por la esperanza y la caridad, y los que vengan despues de él, se salvarán con la fé en el mismo Mediador, unidos á él por la esperanza y la caridad, formando un rebaño que se llamará Iglesia de Jesucristo, que será regido por los pastores puestos por el Espíritu Santo, y pricipalmente por una cabeza visible, representante y vicario de Jesucristo en la tierra. Hé aquí lo que decretó el Eterno, y lo que ha realizado para salvar al humano linaje: ¿puede darse nada más grande, más augusto, más admirable?

No podia caber en el pensamiento humano escogitar un medio como este, en que la justicia divina queda del todo satisfecha, pues que quien satisface es un Dios; manifestándose esta justicia en su aspecto más imponente y terrible, pues que la víctima que exije es nada menos que un Dios; en que la misericordia resplandece admirablemente, pues que Dios se compade ce de los hombres hasta darles á su Hijo Unigénito, y entregarle á la muerte: en que la sabiduría se ostenta de un modo inefable, conciliando extremos tan opues tos, como son el ejercicio simultáneo de una justicia infinita y de una misericordia infinita, haciéndose todo por medio de esa incomprensible comunicacion de Dios con el hombre, resultando por el augusto misterio de la Encarnacion, un Dios Hombre. ¡Ah! jamas religion alguna se ha presentado tan grande como la religion católica al explicar esos profundos arcanos del Todopoderoso: jamas ninguna ha ostentado tan magnificos títulos para arrebatar desde luego nuestra admiracion, para inspirarnos profundo acatamiento. Lo que es tan grande, tan elevado en sus pensamientos, solo puede haber emanado de Dios.

CAPÍTULO XIII.

Verdad de la venida de Jesucristo.

Segun la doctrina católica, Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y que se hizo hombre y padeció y murió por la salud del linaje humano. Nuestro entendimiento no es capaz de comprender este tan sublime misterio, y ni aun hubiéramos pensado jamás en él, á no haberse Dios dignado revelárnosle. Pero por más inútil que sea el hacer esfuerzos para penetrar el abismo de tan augusto arcano, no deja por eso de poderse demostrar por las mismas señales que Dios ha dado, que es una verdad la venida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

En primer lugar nadie puede negar que existió en la Palestina, hará cosa de diez y ocho siglos, un hombre llamado Jesus, que predicaba, que arrastraba tras sí gran golpe de gente, y que al fin murió en un patíbulo. La existencia de este hombre nos consta tan de cierto como la de muchos otros personajes célebres de la antigüedad, filósofos, oradores, poetas, políticos, guerreros, ó de otra clase cualquiera. Es bien claro que no sabemos que hayan existido Homero, Alejandro, Ciceron, César, &c., &c., sino porque de la existencia de esos hombres hablaron sus contemporáneos, siguieron haciendo lo mismo sus sucesores, y así en adelante hasta llegar á nosotros. Lo mismo ha sucedido con respecto á Jesus, de él nos hablan los que vivian en su tiempo, explicándonos cuál era su patria, cuáles sus doctrinas, quiénes sus amigos, quiénes sus enemigos, cuál fué su vida, cuál su muerte: los hombres que vinieron al mundo desde entonces hasta ahora, han continuado hablando de Jesus; y aun aquellos que han pretendido que no era Dios ni enviado de Dios, no han dicho que no haya existido: luego quien salga ahora sosteniendo que es falso que haya existido Jesus, afirmando que su existencia debe tomarse en un sentido figurado, es tan ridículo como quien dijera, que Sócrates, que Alejandro, que César, no han existido jamas; porque aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos por lo menos tan de cierto lo uno como lo otro.

CAPÍTULO XIV,

Divina mision de Jesucristo.

Réstanos ahora probar que Jesucristo era enviado de Dios y verdadero Dios.

Nadie ignora que en varios tiempos y lugares han existido algunos hombres que se han dicho enviados del cielo, cuando en realidad no eran más que pérfidos impostores, que engañando á la muchedumbre, procuraban hacer su negocio, ó miserables alucinados que tenian desconcertado el cerebro. En una de estas dos clases ponen á Jesucristo los enemigos de la religion.